

seguridad los textos previos a su redacción final debido a su carácter hipotético. Así, por ejemplo, no siempre se han podido explicar los motivos por los que se incluye algún texto en una tradición previa al evangelio de Marcos, como sucede con Ap 3,7; 5,5; 22,16. Asimismo, también cabría matizar algunas afirmaciones rotundas que, aunque se entienden en su contexto, se podrían explicar mejor, como la que se sostiene en la p. 234, refiriéndose a la «flagrante

oposición» que se aprecia en el evangelio de Juan entre la filiación davídica de Jesús y su filiación divina.

Con todo, el resultado es una investigación rigurosa y completa, que será de particular interés y provecho para todo aquel que quiera profundizar en la noción de Mesías y de mesianismo aplicado a Jesucristo en la perspectiva del *Hijo de David*.

Fernando MILÁN

Heinrich SCHLIER, *Fundamentos de una teología paulina*, Madrid: BAC, 2016, 210 pp., 13,5 x 20,5, ISBN 978-84-220-1877-3.

Este libro de 1979, una de las últimas obras publicadas por H. Schlier, traducido ahora, casi cuarenta años después, al castellano, tiene sin embargo una gran actualidad. El valor le viene fundamentalmente de tres motivos: el autor, el conocimiento de San Pablo y el carácter de la obra.

El autor, un prestigioso exegeta protestante alemán, fue recibido en la Iglesia católica en 1950, a los 52 años, porque, según anotaba en un breve balance de su vida, la Iglesia que tenía delante el Nuevo Testamento era la Iglesia católica romana. El camino de esta conversión era singular, pues señalaba que, desde los mismos principios protestantes, por un camino que quizás la Reforma no había previsto, su estudio había desembocado en el catolicismo. Son conocidos a este propósito los numerosos artículos –tanto de su época protestante como de su época católica– recogidos en sus obras *El fin del tiempo* y *El tiempo de la Iglesia* (este último, todavía sin traducir al castellano) donde mostraba cómo el *kéigma* primitivo desemboca en fórmulas de fe que son como pre-símbolos, insertos ya en el Nuevo Testamento; lo mismo ocurre con el ministerio y el culto, cuya transmisión, además de real, se testimonia en los textos neotestamentarios.

La vida de la Iglesia se refleja en la unidad del Nuevo Testamento, que es también norma, canon por el que se rige.

Schlier, por lo demás, es especialmente conocido por sus extensos comentarios exegeticos a cartas paulinas –Efesios y Romanos, quizás sean los más conocidos– y por sus inquietudes intelectuales, que iban más allá de los aspectos histórico críticos de los textos, que conocía muy bien. Compañero de R. Bultmann, se sentía también muy vinculado con sus otros colegas de Malburg: Heidegger, Gadamer, etc. Sus ensayos de teología bíblica reflejan muy bien este doble marco de la teología: el filológico histórico y el filosófico. Ya después de su conversión al catolicismo, editó con K. Rahner la enciclopedia *Sacramentum mundi*.

La obra resulta muy fácil de leer, aunque quizás es un poco más difícil explicar sus valores. Es bastante corta, pero muy densa. Los cinco capítulos se dedican a lo que afirma san Pablo de Dios (cercano, dador, único, trascendental, revelado, todopoderoso, de justicia), el mundo tal como es (en el pecado, la ley, el cuerpo, la carne, la muerte), Jesucristo (como hombre, en su muerte, resurrección y apariciones, y como justicia de Dios) el Espíritu y el Evangelio

(en la Iglesia, Cuerpo de Cristo) y la fe. El texto se lee de corrido, pues no tiene notas bibliográficas ni bibliografía final, aunque sí muchos textos paulinos y muchas referencias internas a textos bíblicos, sobre todo del apóstol. Pero para entenderlo bien no se puede leer deprisa: hay que reposar los párrafos y las frases que los guían. Al final de la lectura, uno puede decir de verdad: ahora entiendo mejor a San Pablo.

Dentro de la comprensión de estos contenidos, resulta fundamental el capítulo inicial titulado «Prolegómenos» (pp. IX-XXV) donde se proponen los principios que han guiado la composición del libro. Schlier recoge ahí la necesidad de renovación de la teología experimentada en la segunda parte del siglo XX, cuando la teología neo-escolástica no parecía ya capaz de responder a las preguntas que le formula el mundo. Apunta el intento de renovación propuesto por autores como K. Rahner y propone otro, el suyo. Afirma, desde una hermenéutica abierta a la metafísica, que efectivamente toda teología parte necesariamente del hoy del teólogo o del creyente, de las preguntas que se formula desde su precomprensión. Pero debe encontrar sus respuestas en la palabra de Dios. Ahora bien, la Escritura propone respuestas históricas, circunstanciales y no en forma teoló-

gica, sino de kérigma, exhortación, parénesis, etc. Precisamente esa forma histórica hace que la Escritura pueda ser como el alma de la teología, porque no puede ser reducida a la teología y mucho menos a la teología de quien las lee. De ahí la palabra que preside el título de la obra: Fundamentos, cimientos. La expresión parece sinónima a la que proponía Husserl del «mundo del ser» y que autores como Gadamer o Ricoeur han desarrollado como «mundo de la obra» o «mundo del texto». De la misma manera que tenemos una concepción, un mundo –que conocemos con mayor o menor precisión– de lo que denominamos Helenismo, Schlier propone ese mapa mental y vital de San Pablo; en definitiva, el contexto teológico –ideológico, si se quiere expresar de modo secular– donde se entiende cada uno de sus escritos.

Con estas notas me parece que se percibe el valor de la obra: sirve como consulta imprescindible para leer un texto de San Pablo y sirve también como vocabulario teológico para entender la doctrina propuesta de San Pablo. En ambos casos, respeta la identidad de la Escritura como Palabra de Dios en la Iglesia, asequible pero no reducible a nuestras palabras.

Vicente BALAGUER

Christophe BOUREUX, *Le piante della Bibbia e la loro simbologia*, Brescia: Queriniana, 2017, 179 pp., 13 x 19,5, ISBN 978-88-399-3174-0.

En la Biblia, las plantas son a menudo punto de partida de una metáfora (por ejemplo, en Mt 13,31: «el Reino de los Cielos es como un grano de mostaza»), en función de la relación del hombre creyente con Dios. En este libro, Christophe Boureux, dominico, doctor en Teología y en Antropología religiosa, docente en la Facultad de Teología del Instituto Católico

de Lyon, nos ofrece como una guía espiritual a través de un recorrido por los frutos de la tierra más significativos que aparecen en la Biblia, con su significado simbólico y su contexto cultural. Las plantas son las compañeras del hombre que se busca a sí mismo buscando a su Dios. Su relevancia se pone de manifiesto ya desde los primeros compases del relato bíblico, el cual apa-